

# La palabra de Dios en la litúrgica I

Llegamos a un tema fundamental que compromete no sólo la vivencia litúrgica sino algo que es esencial a la fe: la Palabra de Dios. La fe viene de la escucha de esta Palabra. Por eso nos podemos preguntar: ¿y qué hacen los actores (Dios y el hombre) de la Liturgia? La respuesta inmediata será: hablar, dialogar. Sí. Dios habla a su pueblo: Cristo sigue anunciando el evangelio. Y el pueblo responde con el canto y la oración.

La liturgia es lugar de encuentro, de diálogo y de comunicación entre Dios y el hombre, entre Cristo y la comunidad eclesial. En consecuencia, en la liturgia, se habla, se escucha, existe la comunicación en una dinámica de palabra-respuesta. En esta unidad, vamos a tratar de descubrir el sentido de la proclamación de la Palabra de Dios en la liturgia, para reconocer su importancia y acogerla y llevarla a la práctica. La Biblia es el primero y más importante libro litúrgico de la Iglesia. El mismo Jesús usó constantemente las Escrituras del Antiguo Testamento, aplicándolas a su persona.

Es una pena que muchos cristianos hayan dejado de asistir a las celebraciones litúrgicas, especialmente a la Eucaristía dominical, porque ¡no les dice nada! Da la impresión de que se oye pero no se escucha. Está claro que tenemos que plantearnos qué está pasando con la Palabra. (Y por tanto, qué está pasando con la liturgia).

## La Palabra de Dios en la historia de la salvación

El Verbo de Dios se hizo carne, palabra inteligible para nosotros. Palabra en la historia. Cristo nos invitó a leer las Escrituras para conocerle y saber ir, desde Él, hacia los tiempos de la Promesa, al A. Testamento. Allí descubrimos los acontecimientos de la vida del pueblo de Israel como una continua manifestación de la presencia invisible de Dios, que iba preparando los tiempos mesiánicos. Toda la Escritura se puede leer desde Cristo. Cristo es el centro de las Escrituras. Él, ungido por el Espíritu Santo, es el cumplimiento de todo lo anunciado. Por eso, se nos pide que lo escuchemos.



## El Pueblo de la Palabra de Dios

Cada año, el pueblo del A. Testamento se reunía delante del Santuario, ante el Arca de la Alianza, para renovar su adhesión y fidelidad. El Arca contenía las tablas de la Ley, palabra permanente del Señor, y el vaso del maná, comida de salvación para el pueblo (Ex 25,10-16).

La misma realidad, transfigurada inmensamente por Cristo, resuena en el N. Testamento: la ofrenda de la Alianza nueva y eterna, sellada con la Sangre del Cordero, se realiza también en la fidelidad a la Palabra: "El que me ama, guardará mi Palabra, y mi Padre lo amará, y vendremos a él y haremos morada en él... La Palabra que escucháis no es mía sino del Padre que me ha enviado" (Jn 14,23.24b).

El Pueblo de Dios está llamado a escuchar continuamente la Palabra de Dios y a ponerla en práctica. Y, además, este pueblo está caracterizado por la misión recibida del Señor de anunciar el Evangelio a todas las gentes. Por eso, la Iglesia se edifica y va creciendo por la escucha de la Palabra de Dios, y las maravillas que, de muchas maneras, realizó Dios en otro tiempo y que se hacen presentes, de un modo misterioso pero real, a través de los signos de la celebración litúrgica.

(Tomado de la Formación de la Delegación Diocesana de Liturgia)